



## Tarantino, un género hecho de géneros

por Agustín Ozcoïdi

***Django sin cadenas (Django unchained)***, de Quentin Tarantino. Con Jamie Foxx, Leonardo DiCaprio, y Christoph Waltz.

Ampulosa y sutil, absurda e inteligente, sangrienta y romántica, dramática e irónica son algunas de las oscilaciones que alimentan la última película de Quentin Tarantino. La misma destila grandes dosis de violencia y crueldad, pero con el cuidado preciosismo que lo caracteriza. A no confundirse, no es un film sobre la esclavitud. Aquí la esclavitud es un telón de fondo histórico, el gran escenario sobre el que se moverán unas criaturas altamente extrañas a las convenciones cinematográficas con que se la ha mostrado desde los inicios mismos del cine americano.

Tampoco es – no podría serlo – un western spaghetti. Es un film que toma partes significativas de este género clase B, comenzando por el título, los créditos, el tema musical (de nuestro Luis Bacalov) y la secuencia inicial. Estas piezas serán luego reformuladas para narrar un western totalmente híbrido, pero aun así, enteramente sólido en cuanto a estructura y desarrollo formal.

La historia comienza en el sur de Texas en 1858 y cita casi literalmente el inicio del clásico *Django* (1966) de Sergio Corbucci, solo que aquí el nuevo protagonista no arrastra un intrigante ataúd sino su propia humanidad encadenada. Así es como Django (Jamie Foxx) encontrará su redención a través de los oficios interesados de King Schultz (Christoph Waltz), un locuaz alemán, dentista e impiadoso cazador de recompensas. Se formará entonces una singularísima pareja de buddy movie; el negro liberto y el alemán expatriado formarán una sociedad totalmente alejada de los parámetros anglosajones del western clásico. Mientras que la relación entre Schultz y Django adopta la forma cuasi oriental maestro-discípulo, se hace expreso el motor que impulsará el resto de la trama: la búsqueda y el rescate de Brumhilda, la esposa esclava arrancada a Django, ahora convertido en un pistolero consumado llevado por el deseo de venganza. Conforme los cadáveres van forjando la camaradería entre esta dupla de matones tan tarantinesca, llegamos a la segunda parte del film, marcada por un imponente cartel que nos sitúa en Mississippi, en donde se halla la princesa-esclava que deberá ser rescatada del dragón encarnado en un Leonardo DiCaprio muy suelto y cómodo en la piel de un archivillano de antología.

Merece una especial mención el personaje que crea Samuel Jackson, un viejo criado profundamente esclavista, cruel y sumiso al que no le es concebible la idea de un negro libre y orgulloso dentro de la mansión que regentea para su amo con mano de hierro. Esta dupla blanco esclavista/negro esclavista confrontará con la pareja blanco antiesclavista/negro libre desde unos filosos diálogos iniciales cargados de sospechas, hasta el inevitable climax final saturado de tiros, explosiones y sangre ofrecidos en clave de cine gore. Y es precisamente en el final donde podríamos hallar una serie de exageraciones gratuitas que atentan contra el espíritu general de la obra; que no es otro que tratar de homenajear con nostalgia a un cine de clase B, en su momento muy popular, pero denostado



por la crítica. No se comprende del todo cual es la finalidad de ciertas hipérboles referidas a la apoteosis de Django como el gran héroe negro en que se ha convertido, más allá de que puede suponerse que Tarantino a esta altura, ya se homenajea a sí mismo.

Tal como es su marca registrada el director de *Triple traición* (1997) ha tomado gran cantidad de "préstamos" para esta producción: escenas de las películas western blaxploitation (*Mandingo* (1975), *Boss nigger* (1975)), el cameo-homenaje al gran Franco Nero (el Django original), el final de *La pandilla salvaje* (1969) de Sam Peckinpah, además de la música de Ennio Morricone y el tema original del film de Corbucci antes aludido.

La banda de sonido como en todos sus trabajos anteriores es una cuidada selección de sorpresas, sin las que la película no sería la misma. Es notorio el efecto anacrónico de la misma, el cual no entorpece, sino que por el contrario alienta y enriquece el ritmo de la narración. Tal vez en los premios Oscar- eternamente injustos y caprichosos- con los que se alzó *Django sin cadenas* puedan verse la síntesis de las grandes virtudes que hacen de esta película un nuevo mojón en la carrera del director de *Tiempos violentos* (1994). Igual que en *Bastardos sin gloria* (2009) por su excepcional nazi Hans Landa, el actor austriaco Christoph Waltz volvió a llevarse la estatuilla como mejor actor de reparto. Su personaje es complejo, lleno de matices contradictorios. Casi podría independizarse y protagonizar alguna secuela como solía ocurrir en tantos films de clase B. El otro Oscar recayó en Tarantino, por su guión original. Y esta vez hay justicia. Porque su originalidad en estos tiempos consiste en hacer un género basado en varios géneros "menores". Reside en tomar retazos disímiles (western spaghetti, blaxploitation, superacción, cómic) para luego unirlos armónicamente en un nuevo género, aceptado a la vez por el público y la crítica académica, al que bien se lo puede llamar convencionalmente como "película tarantinesca".

(0) Comentarios

## Dejar un comentario

Nombre

Email

Comentario



Última actualización:  
11-10-2016 14:53:37

buscanos en facebook!



**IUNA**  
**Instituto Universitario Nacional del Arte**  
Azcuénaga 1129. C1115AAG  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
(54.11) 5777.1300

**Área Transdepartamental**  
**de Crítica de Artes**  
Bartolomé Mitre 1869  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
(54.11) 4371.7160 / 4371.5252

Las apreciaciones expresadas en los artículos publicados en ArteCríticas son de entera responsabilidad de cada autor. Esta publicación online no se hace responsable de ellas.